

zable. Algo de nostalgia o de inventiva queda en Donen. No en vano es el director de espléndidas comedias ("Dos en la carretera", "Cantando bajo la lluvia", a las que él mismo homenajea brevemente aquí). Pero, en cualquier caso, esta opinión sólo valdría a la hora de enjuiciar globalmente su obra. No en tanto se refiere a la decadencia de un género. ■ DIEGO GALAN.

Raphael, el libertino

Presentada en el Festival de Cannes de 1971 (y no de 1973, como por error decíamos la pasada semana), esta película de Michel Deville pasó por el Festival discretamente. Fue un año difícil; entre otras, se proyectaron también "Muerte en Venecia", "El mensajero", "Le souffle au cœur" y "Johnny cogió su fusil". "Raphael o el libertino" tuvo que interesar menos, aunque justo es reseñar que esta frénica historia de "amor fou" pareció "hermosa" y "bellamente decadente" a más de un crítico francés. El éxito que los guiones de Nina Compañeez han obtenido siempre entre este público justificaba el nuevo éxito (aunque fuera relativo). Y el "buen gusto" de la puesta en escena de Deville daba a la historia el aire preciso para hacerla pasar por un Visconti menor (en la pesadez superficial de quienes siguen pensando que el cine de Visconti importa por sus decorados y sus bailes). Y, sin embargo, esta historia de la decadencia de unos personajes "prisioneros" de sus criterios morales e imposibilitados de entenderse entre sí a causa de esos valores jerarquizados, ni tenía en manos de Michel Deville el rigor que se exigía ni su preciosismo escénico superaba la simple ambientación. Muchos hablaron del error de confiar a Maurice Ronet un papel para el que no parecía estar condicionado, pero lo cierto es que ningún actor —tenga el físico que tenga— puede traspasar un personaje de cartón-piedra en el que las motivaciones (cuando de una película "psicológica" como ésta se trata) no tienen peso específico.

Que la censura española haya dejado atravesar las fronteras a esta película (sólo cinco años después de su estreno en Francia) está bien. Menos, en cambio, que continúen en el anonimato los restantes títulos de aquel Festival de Cannes (por tomar sólo esta referencia) que, con mucho, interesan más. ■ D. G.

JAZZ

San Sebastián 76: los que cambian y los que persisten

El Festival de "Jazz" de San Sebastián de 1976 no ha depurado muchas sorpresas. Una organización sencilla ha permitido que casi todo se desarrollara conforme a lo previsto y quedara el suficiente tiempo libre para que los seguidores no acabaran agobiados y hartos de oír "C-Jam Blues" y "Perdido".

Como todos los años, se ha celebrado el concurso de "jazz" amateur, con participación bastante numerosa. Un Jurado premió con justicia al grupo Peruna, de Dinamarca, en la modalidad de "jazz" tradicional; en "jazz" moderno, los dos miembros checoslovacos del tal Jurado dieron el golpe y consiguieron que ganaran sus paisanos del Volf Jazztet de Praga, uno de los conjuntos más anodinos y menos modernos del certamen, de cualquier manera, dada la cuantía de los premios (20.000 pesetas), creo que lo importante era participar. Se han proyectado diversas películas sobre temas "jazzísticos", con especiales alusiones a Duke Ellington, a quien se dedicó un programa completo en el cual se incluía el film "Black and Tan Fantasy", que se estima la primera aparición de Ellington en la pantalla.

Como es normal que ocurra en los festivales de "jazz" europeos, la columna vertebral de esta edición del de San Sebastián la han constituido los conciertos de "jazz" tradicional. La nostálgica y deliciosa banda de Sy Oliver, que fuera arreglador de Jimmy Lunceford y Tommy Dorsey; la trompeta expresionista de Cootie Williams, con el apoyo de otros dos ellingtonianos, Booty Wood y el felizmente recuperado Sam Woodyard, más los franceses Gerard Badini, Raymond Fol y Michel Gaudry; y, sobre todo, el grupo Nice's All Stars, comandado por Doc Cheatham, Vic Dickenson y Eddie Barefield —tres fragmentos vivientes de historia—, hablan de que, al menos en el "jazz", el lenguaje clásico pervive sin imposiciones de ninguna clase. Hu-

bo también un multitudinario concierto de "blues" que a poco acaba en altercado de orden público: tras una cantante de "gospel", Mary Knight, salieron los acompañantes del "bluesman" Luther Allison, a quienes no se les ocurrió otra cosa que tocar, de calentamiento, "Cuando vuelva a tu lado". A lo mejor se trataba de un homenaje a Esther Phillips —o a Gato Barbieri—, pero el público no se lo tomó por ahí y organizó un escándalo impresionante, con lanzamiento de objetos y subida de algunos espectadores al escenario; cuando salió el bueno de Luther el fracaso era ya inevitable y, aunque el hombre lo intentó todo, hasta una pasable imitación de Hendrix, aquello rondó la catástrofe. Para concluirlo todo, la superestrella de la sesión, nada menos que John Lee Hooker, tuvo la noche confidencial e inició su actuación con varios temas lentos, casi hablados, que provocaron la desbandada poco menos que general en un público ya muy quemado.

Los conciertos estelares, y tal vez por eso los que más se prestan a la reflexión, fueron los del grupo de Herbie Hancock, que ya no se llama Head Hunters, y la orquesta de Lionel Hampton, que si tiene nombre y bastante sonoro: Jazz Inner Circle. Hancock, cuya actuación fue presentada como acto de reivindicación foral por coincidir con el centenario de la abolición de los fueros, dio una muestra acabada de lo que hace hoy: algo que cuando no se mete en profundidades recuerda por igual a Isaac Hayes y la Tamla, y que cuando profundiza se convierte en una pasta sonora sucia, pegajosa y energética, de indudable eficacia. En suma: una música llena de concesiones a un público que las agradece, pero genuinamente "negra"; confieso que me sorprendió, como también lo hizo el guitarrista Wah Wah Watson, plagado de efectismos, pero con momentos de relampagueante ferocidad.

Con Lionel Hampton las expectativas discurrían por otros cauces. Su vuelta, tras una complicada operación de la vista, era comentada desde distintas posiciones; quienes se fijaban en sus últimos discos sospechaban motivaciones exclusivamente económicas; quienes tomaban como referencia los ecos de sus actuaciones y los nombres de sus acompañantes esperaban al Hampton de los mejores tiempos. En San Sebastián, unos y otros comprobaron que Hamp insiste en su número de siempre, totalmente volcado hacia los espectadores, a quienes complace con sus inimitables dotes de



Herbie Hancock.

hombre de escena: les anima con ritmos elementales y temas conocidísimos, baja del escenario a bailar con ellos, les hace corear las canciones, aprovecha la ocasión para promocionarse regalando discos y, en suma, convierte su actuación en un espectáculo en el que todos participan. Como además esta vez trajo buenos arreglos y unos acompañantes fenomenales —sería una injusticia destacar a unos sobre otros—, su veterana fórmula de diversión garantizada funcionó a la perfección, permitiéndole destacar, más que como vibrafonista —para lo cual sus facultades sí que parecieron ya muy mermadas—, como jefe de banda. Hasta desmintió a quienes le tildan de reaccionario iniciando su concierto con un tema de Coltrane y finalizándolo con otro de Rollins...; en fin: el viejo Hamp insiste en llevar la contraria a los que desearíamos verle volando a casa en busca del merecido descanso, y seguirá haciendo estas cosas hasta que se muera.

Herbie Hancock y Lionel